

llenó de alegría á los italianos, haciéndoles concebir esperanzas de que todas participarían de los beneficios del nuevo reinado.

Su permanencia en aquel hermoso país produjo á poco esos temibles raptos que tan de temer eran para la conservación de la paz general, empezando á irritarse contra la corte de Nápoles, que entregada enteramente á los ingleses y rusos, y públicamente protegida por estos últimos en todas las negociaciones, no cesaba de mostrarse hostil á Francia. La imprudente reina que dejó que el gobierno de su esposo se comprometiera por sus odiosas crueldades, dió un paso que le ocurrió por desgracia, y no fué otro que enviar á Milan al mas torpe de los negociadores, á cierto príncipe de Cardito, para que protestase contra el título de rey de Italia que Napoleon habia tomado, título que para muchos significaba lo que queria decir la inscripcion que se leía en la corona de hierro, á saber *rex totius Italiae*. El marqués de Gallo, embajador que era de Nápoles, y hombre sensato, siendo por lo mismo bastante grato para la corte imperial, trató de impedir se diese aquel paso arriesgado; pero no pudo lograrlo, y Napoleon consintió en recibir al príncipe de Cardito, con tal que fuese en un día en que recibiera á todo el cuerpo diplomático. Cuando llegó el día fijado acogió con suma bondad á Mr. Gallo, y despues dirigió en italiano al príncipe de Cardito una arenga atroz en que declaró en términos tan duros como despreciativos para su reina, que la arrojaria de Italia, dejándole apenas la Sicilia para que se refugiase á ella. Al príncipe de Cardito lo sacaron de allí casi desmayado, y aquel escán-

dalo causó gran sensacion, habiéndose de él bien pronto en los despachos de todas las cortes de Europa. En cuanto á Napoleon, desde aquel momento concibió la idea de convertir el reino de Nápoles en un reino de familia, y uno de los feudatarios de su gran imperio, porque empezaba á ocupar su imaginacion el proyecto de arrojar á los Borbones de todos los tronos de Europa. Sin embargo, el celo accidental que mostraban los de España en la guerra contra los ingleses, alejaba para ellos la realizacion de aquel formidable proyecto; pero sospechando Napoleon que pronto tendria que retocar la Europa, ya se aumentase su poder pasando el estrecho de Calais, ya acabara de espulsar de Italia á los austriacos, viéndose obligado para ello á abandonar la guerra marítima por la continental, Napoleon se proponia reunir los estados venecianos á su reino de Lombardia, á fin de emprender entonces la conquista de Nápoles para uno de sus hermanos. Todo esto sin embargo, tenia que retardarlo; pues ocupado esclusivamente en su plan de desembarque, no queria provocar por entonces una guerra continental. Parecióle sin embargo, que no seria arriesgado poner término á la fatal situacion en que se hallaba la república de Génova, república que colocada entre el Mediterráneo donde dominaba Inglaterra, y el Piamonte que Francia habia agregado á su territorio, estaba como aprisionada entre dos grandes potencias, y veia perecer su antigua prosperidad, porque tenia todos los inconvenientes de pertenecer á Francia, sin ninguna de las ventajas que esta reunion debiera reportarle. Efectivamente, los ingleses no quisie-

ron reconocerla, considerándola como aneja al imperio francés y perseguían su pabellón; los berberiscos la saqueaban, insultándola sin ninguna especie de miramiento, y Francia tratándola como si fuese un país extranjero, la separó del Piamonte y el país de Niza por medio de líneas de aduanas y tarifas exclusivas. De este modo se ahogaba Génova entre el mar y la tierra, ambas cerradas por ella, y en cuanto á Francia no recibía mas ventajas que las que le proporcionaba, pues el Apenino que separaba á Génova del Piamonte, formaba una frontera infestada de ladrones, necesitándose una gendarmería tan numerosa como valiente para cuidar de la seguridad de los caminos. Bajo el aspecto de la marina, el tratado celebrado hacia poco, marcaba de un modo muy incompleto los servicios que Génova podía prestarnos, porque aquel puerto estrangero tomado á préstamo, por decirlo así, para fundar en él un establecimiento naval sin ninguna autoridad directa, era un ensayo con otro nombre, al paso que reuniendo al imperio francés el puerto de Génova y la población de los Dos Rios, adquiría Napoleón, desde el Texel hasta el fondo del principal golfo del Mediterráneo una estension de costas y un número de marineros, que podían á fuerza de tiempo y constancia hacerle si no igual á Inglaterra, por mar, á lo menos un rival digno de respeto.

Napoleón no resistió á todas estas consideraciones, pues creyó que solo Inglaterra podía tener un verdadero interés en aquella cuestion, debiendo decir nosotros que no se hubiera atrevido á decidir la suerte del ducado de Parma y Pla-

sencia, ya porque el papa habia puesto sus esperanzas en aquel ducado, ya porque lo deseaba España para ensanchar el reino de Etruria, ya en fin porque hasta la misma Rusia no perdiera la esperanza de que el antiguo rey de Piamonte seria indemnizado mientras quedase un territorio vacante en Italia. Empero le pareció que Austria no se interesaria mucho por Génova, de la cual disataba demasiado, y que para nada la consideraria el papa y la Rusia: la única nacion á quien segun él debia importar su suerte era Inglaterra; mas como no tenia que guardarla miramiento alguno ni la creia tan estrechamente unida á Rusia como lo estaba, resolvió incorporar la republica liguriana al imperio francés.

Esta era una falta, pues en la disposicion de ánimo en que se hallaba Austria, decretar una nueva reunion, era lo mismo que arrojarla en brazos de los coligados y dar á todos nuestros enemigos, quienes esparcian en Europa voces á cual mas pérfidas, nuevo pretexto fundado para que alzasen el grito contra la ambicion de Francia, y sobre todo contra la falta de cumplimiento de las promesas, puesto que cuando Napoleón instituyó el reino de Italia prometió al Senado no agregaria á su imperio ni una sola provincia mas. Napoleón conociendo bastante los malos intentos que abrigaba el continente para creerse dispensado de todo miramiento, lo bastante para apreciar debidamente el peligro de una nueva provocacion, y jactándose de ir bien pronto á resolver en Lóndres todas las cuestiones europeas, no titubeó un momento en unir Génova á la marina francesa.

Se hallaba de ministro cerca de aquella república, su compatriota Saliceti á quien dió el encargo de sondear y preparar los ánimos; no siendo muy difícil esta mision, pues no podian estar en Liguria mejor dispuestos. El partido aristócrata y anglo-austriaco era enteramente hostil; el protectorado actual, á cuya sombra se habia puesto Génova, le parecia tan odioso como la reunion á Francia. En cuanto al partido popular, entreveia en esta reunion la libertad de su comercio con el interior del imperio, la certeza de una gran prosperidad futura, la garantía de no caer jamás bajo el yugo de la oligarquía, y por último, la ventaja de pertenecer al primer estado de Europa. La minoría de la nobleza formada por la revolucion, era la única que miraba con algun sentimiento la destruccion de la nacionalidad genovesa; pero los grandes empleos de la corte imperial, eran suficiente incentivo para contentar á los principales personajes de esta nobleza.

Arreglada la proposicion y presentada por algunos senadores al senado genovés, fué adoptada por veinte individuos de veinte y dos que se hallaban presentes: siendo en seguida aprobada por una especie de plebiscito formado á la manera que en Francia despues del Consulado. Abriéronse registros públicos y no se descuidó el pueblo genovés, lo mismo que lo habia hecho el galo, en ir á depositar sus votos casi todos favorables. El senado y el dux, siguiendo el parecer de Saliceti, se trasladaron á Milan para entregar su voto á Napoleon. Fueron introducidos á su presencia con un aparato tal, que les

recordaron los tiempos en que los pueblos vencidos, se presentaban á reclamar el honor de formar parte del imperio romano. Napoleon les recibió en su trono, el 4 de junio, y les dijo que atendia su voto; prometiéndoles ir á visitar á Génova al dejar la Italia.

A esta incorporacion se unió otra poco importante que fué como la gota de agua que hace rebosar un vaso. La república de Luca estaba sin gobierno y servia de juguete á la Etruria que se habia convertido en española y al Piemonte que se habia convertido en francés, como un barquichuelo sin timon en una mar tambien pequena. Las mismas sugerencias la dispusieron á ofrecerse á la Francia y sus magistrados, imitando á los de Génova, pasaron á Milan á pedir el beneficio de una constitucion y de un gobierno. Napoleon acogió tambien sus votos; pero viendo que estaban demasiado lejos para poderlos reunir al imperio, hizo de su territorio el apanage de su hermana mayor, la princesa Elisa muger de talento, algo pedante, pero dotada de las cualidades de reina gobernadora y que supo hacer grata su autoridad en aquel pequeño pais, que administró con mucho tino, por lo cual se le dió el título ingeniosamente inventado por Mr. de Talleyrand de *Semíramis de Luca*. Ya le habia conferido Napoleon el ducado de Piombino y ahora le dió á ella y á su esposo el principe Bacciocchi, el pais de Luca, en forma de principado hereditario dependiente del imperio francés, y que debia volver á la corona en caso de estincion de la línea masculina, con todas las condiciones, por consiguiente, de los antiguos feudos

del imperio germánico. Esta hermana debía llevar de allí en adelante el título de princesa de Piombino y de Luca.

Mr. de Talleyrand fué el encargado de escribir á Prusia, y Austria, comunicando estos actos, que consideraba Napoleon como indiferentes á la política de estas potencias ó á lo menos como insuficientes para sacar de su inercia á la corte de Viena. Sin embargo, por mucho que se disimulasen los armamentos del Austria, ya habia notado alguna cosa, chocando no poco á la mirada ejercitada de Napoleon. Varios cuerpos de tropas se habian puesto en movimiento hácia el Tirol y hácia las antiguas provincias venecianas, y aunque la marcha de estos cuerpos no se podia negar, ni el Austria misma la negaba, apresurábase sin embargo á manifestar que pareciéndole demasiado numerosa la reunion de tropas francesas en Marengo y Castiglione para la simple celebracion de regocijos militares, habia hecho tambien algunas reuniones de pura precaucion, á las cuales daba por otra parte suficiente motivo la fiebre amarilla generalizada en España y en Toscana, y particularmente en Liorna. Esta disculpa era creible hasta cierto punto; pero se trataba de saber si se limitaria á mudar de sitio algunas tropas ó si se reclutaba efectivamente el ejército, si se completaban los regimientos, si se remontaba la caballeria; y mas de un aviso secreto transmitido por polacos adictos á la Francia, daban á entender la probabilidad de estas conjeturas. Inmediatamente envió Napoleon oficiales disfrazados al Tirol, al Frioul y á la Carintia para que juzgasen por sus pro-

pios ojos la naturaleza de aquellos preparativos y al mismo tiempo exigió del Austria esplicaciones decisivas.

Otro medio imaginó tambien de sondear las disposiciones de aquella corte, y fué que habiendo trocado la Legion de Honor con todas las órdenes de las cortes amigas y no habiendo aun hecho este cambio con las de Austria, deseaba ponerse con esta potencia bajo el mismo pié que con las demás, á cuyo fin ideó dirigir con este motivo una inmediata proposicion al Austria y asegurarse de este modo de sus verdaderos sentimientos; pues juzgaba que si esta potencia estaba en efecto decidida á una próxima guerra, no se atreveria á la faz de la Europa y de sus aliados, á dar un testimonio de cordialidad, que segun los usos de las cortes, era mas el significativo que pudiera darse, y particularmente á una potencia tan nueva como el imperio francés. Mr. de la Rochefoucauld habia sustituido en Viena á Mr. de Champagny, que pasó al ministerio del interior, y se le prescribió que exigiése al Austria una esplicacion sobre sus armamentos, y que él propusiese el cambio de sus órdenes por la de la Legion de Honor.

Mientras Napoleon desde el fondo de Italia seguia manteniendo á los ingleses en la ilusion de que el tan anunciado y deseado desembarco, no era mas que una ficcion, se ocupaba sin descanso en asegurar su ejecucion para el verano. Ninguna operacion ha originado la trasmision de tantos correos y despachos como la que meditaba en aquella época. Los agentes consulares y oficiales de marina situados en los puertos españoles y franceses, en Cartagena, Cádiz, el Ferrol, Bayona, emboca-

dura del Girona, Rochefort, embocadura del Loira, Lorient, Brest y Cherburgo, con correos á su disposicion, trasmitian las menores noticias que recibian, y las encaminaban á Italia; otros numerosos agentes secretos, establecidos en los puertos de Inglaterra, espedian sus informes que eran inmediatamente trasmitidos á Napoleon; finalmente, Mr. de Marbois que tenia un gran conocimiento en los negocios británicos, tenia el encargo particular de leer por sí mismo todos los periódicos publicados en Inglaterra y traducir las menores noticias que tuviesen relacion con las operaciones navales; y cosa notable, Napoleon que con tanto acierto supo parar todas las combinaciones del almirantazgo inglés, lo debió mas que á nada, á la luz que le prestaban aquellos periódicos; pues aunque las mas de las veces referian sucesos falsos, él, con su prodigiosa sagacidad, adivinaba la parte de verdad que contenian. Pero aun hay algo mas singular que todo eso, y es que á fuerza de atribuir á Napoleon los planes mas extraordinarios, y muchas veces los mas absurdos, algunos de ellos habian acertado sin dudarle su verdadero proyecto, y decian que enviaba sus escuadras á distancia, para reunir las de repente en la Mancha; pero el almirantazgo no se detuvo en esa suposicion, que sin embargo era la verdadera, ó á lo menos sus combinaciones no dieron á entender que les dió crédito.

Napoleon, esceptuando una circunstancia que le disgustaba mucho y que determinó una modificacion última á su vasto plan, tenia motivos para estar satisfecho de la marcha de sus operaciones; pues, como hemos dicho, el almirante Missiessy,

se hizo á la vela en enero hácia las Antillas y aunque no se sabian todavía los pormenores de su expedicion, no se ignoraba que los ingleses estaban muy alarmados por sus colonias; que una de ellas, la Dominica, acababa de ser tomada y que enviaban refuerzos á los mares de América, lo cual era una circunstancia muy favorable para los franceses en los mares de Europa; en cuanto al almirante Villeneuve, salió de Tolon el 30 de marzo, y despues de una navegacion cuyos pormenores se ignoraban, apareció en Cádiz, se reunió al almirante Gravina que llevaba una division española de seis navios y muchas fragatas, mas, el navio francés el *Aguila*, y se dirigió hácia la Martinica, sabiéndose tambien aunque no habia habido noticias suyas desde entonces, que Nelson, encargado de vigilar el Mediterráneo, no pudo encontrarle ni á la salida de Tolon, ni á la salida del estrecho. Los marinos españoles hacian lo que podian, en el estado de abandono en que les dejaba un gobierno ignorante, corrompido é inerte. El almirante Salcedo reunió una escuadra de siete navios en Cartagena, el almirante Gravina, como se acababa de ver, una de seis en Cádiz; y el almirante Grandellana, una tercera de ocho en el Ferrol, la cual debia operar con la division francesa que estaba anclada en este puerto. Pero faltaban marinos á consecuencia de la epidemia y del mal estado del comercio español, y se echaba mano de los pescadores y trabajadores de los pueblos, para formar las tripulaciones, finalmente, una grande escasez de granos, unida á la escasez de la hacienda y á la epidemia, empobrecieron de tal manera los recursos de España, que no se pudo

proveer á las escuadras de los seis meses de galleta que necesitaba cada una ; pues el almirante Gravina , llevó apenas para tres meses cuando salió con Villeneuve , y Grandellana en el Ferrol , no tenía mas que para quince dias escasos. Felizmente , Mr. Ouvrard , á quien hemos visto encargarse de los negocios de Francia y de la España , habia llegado á Madrid , encantado con los más seductores proyectos de una corte degradada , obtenido su confianza , concluido con ella un tratado que daremos á conocer mas adelante y contenido por medio de diferentes combinaciones los horrores de la escasez. Al mismo tiempo acababa de abastecer las escuadras españolas de alguna cantidad de galleta , y por consiguiente las cosas marchaban en los puertos de la península , tan bien como podia permitirlo la desorganizaçion de la administracion española.

Pero en tanto que el almirante Missiessy difundia el terror en las Antillas inglesas y los almirantes Villeneuve y Gravina , navegaban juntos sin contratiempo alguno hácia la Martinica , Ganteaume que debia unirse á ellos , no pudo aprovechar un solo dia para salir del puerto de Brest por un fenómeno de la estacion. Jamás se habia visto en cuanto puede alcanzar la memoria del hombre , que el equinocio no se manifestase por algunas ráfagas , de viento , y sin embargo los meses de marzo , abril y mayo (1805) habian pasado sin que la escuadra inglesa se hubiese visto obligada un solo instante á alejarse de la vista de Brest. El almirante Ganteaume que sabia la inmensa operacion á que debia concurrir , esperaba con tal impaciencia el momento de salir , que por último

cayó enfermo de pena (1). El tiempo habia estado

(1) Cito las dos siguientes cartas para manifestar el estado del ánimo de este almirante y la gravedad del gran proyecto naval , que algunas personas , queriendo siempre ver visiones donde no las hay , han supuesto no era mas que una demostracion. Estas no son las únicas cartas del mismo género , pero tomo estas de entre ellas para citarlas.

Ganteaume al emperador.

A bordo del Imperial , 11 de floreal , año XIII. (1.º de mayo 1805).

Señor :

Los tiempos que reinan desde que estamos dispuestos á la salida son desesperantes ; seria imposible pintaros el triste disgusto que siento al verme detenido en este puerto , cuando las otras escuadras van á velas desplegadas á su destino , y cuando nuestros atrasos y contrariedades pueden comprometerlas cruelmente ; esta última y alicictiva idea no me permite un momento de sosiego , y si hasta ahora he resistido á la impaciencia y tormentos que me devoran , es porque no he visto , arriesgándonos á salir , ninguna probabilidad en nuestro favor , y si todas de parte del enemigo : un combate desventajoso seria y aun es inevitable , mientras el enemigo permanezca en su posicion , y en ese caso no podríamos llevar á cabo nuestra expedicion , y nuestras fuerzas quedarian paralizadas para mucho tiempo.

Sin embargo , en el momento que recibí el despacho de V. M. del 3 de floreal , me propuse arriesgar una salida ; todos los buques tenían levada el ancla ; un viento Oeste que sopló con mas fuerza por espacio de doce horas , me dió esperanzas de que el enemigo tomase el alta mar , cuando su ligera escuadra notó nuestro surgidero , su division se dirigió hácia Ouesant , y la incertidumbre y debilidad de los vientos me impidieron poner por obra mis proyectos. Seguro de verme obligado á detenerme en la bahia de Bertheaume , y por consiguiente , fijar la atencion del enemigo , renuncié á emprender movimiento alguno , y

casi siempre en calma y sereno. A veces un viento de Oeste, acompañado de nubes tempestuosas, habia hecho esperar una borrasca, y de repente volvía el cielo á despejarse; por consiguiente no habia otro recurso que presentar un combate desventajoso á una escuadra que era entonces igual en número con corta diferencia á la francesa, pero muy superior en calidad. Los ingleses, sin dudar precisamente de lo que les amenazaba, sorprendidos con la presencia de una escuadra en Brest, otra en el Ferrol, y algo alerta además por las salidas de Tolon y de Cádiz, aumentaron la fuerza de sus bloqueos, manteniendo veinte navíos delante de Brest mandados por el almirante Cornwallis, y siete ú ocho delante del

deseé persuadirlo de que nunca tuvimos intenciones de salir.

Me tomo la libertad de reiterar á V. M. la seguridad que ya he dado sobre el órden y situacion en que tengo á todos los navíos: las tripulaciones tienen la respectiva consigna: las comunicaciones con la tierra no se practican sino para los objetos indispensables al servicio, y los buques están dispuestos á todas horas del dia para ejecutar las órdenes que se les den: estas disposiciones, que son las únicas que pueden ponernos en disposicion de aprovechar un momento favorable, se continuarán con la mas rigurosa exactitud.

Ganteaume á Decrés.

7 de floreal, año XIII, (27 de abril de 1805).

Paréceme, amigo mio, que participas de lo mismo que yo siento. Cada dia que pasa, es un dia de tormento para mí, y temblo de verme al fin obligado á hacer alguna gran majaderia. Los vientos que habian estado dos dias al Oeste, pero flojos, saltaron ayer al N. E. fresco, aunque con lluvia, y un aspecto

Ferrol, mandados por el almirante Calder. El almirante Ganteaume en tal situacion, salia y volvía á la bahía, andaba en Bertheaume ó volvía al surgidero interior, teniendo á bordo hacia dos meses á toda su gente, tanto soldados como marineros, y preguntaba en medio de su desesperacion, si se queria que presentase batalla para ganar la alta mar, cosa que se le habia prohibido muy espresamente.

no muy bueno, y estuve tentado de arrostrar la suerte, á pesar de que el enemigo continuaba señalado en el Iroise, que sus primeros buques estaban á la vista de la bahía, y que el tiempo estaba demasiado claro. Sin embargo, la certeza que me daba de un combate desventajoso, su posicion y su fuerza, y la inconstancia de los vientos, me lo impidieron, y hoy me alegro; mas no por eso quedo menos horriblemente atormentado.

La longitud de los dias, y lo hermoso de la estacion me hacen hoy casi desear de la expedicion, y en este caso, ¿cómo soportar la idea de hacer esperar inútilmente á nuestros amigos en el lugar de la cita y comprometerlos, esponiéndolos indispensablemente á pérdidas de tiempo y á un viage de vuelta en extremo peligroso? Estas ideas no me dejan un momento de tranquilidad, y creo que deben atormentarte lo mismo á tí. Sin embargo, amigo mio, puedes estar muy persuadido de que me ha sido imposible hacer otra cosa, á no querer correr el riesgo de una operacion, que fuera de las probabilidades que dá al enemigo su superioridad, imposibilitaria del mismo modo la expedicion. Como antes he dicho, los vientos han sido siempre tales, que nos ha sido imposible deslizarnos.

Aunque en tus últimas me recomienda que escriba con frecuencia al emperador, no me atrevo á decirle nada, porque no tengo nada agradable que anunciarle: por consiguiente me callo esperando á ver lo que sucede, pues no quiero molestarlo con cosas de poca importancia, y me limité á desear que quiera hacernos justicia.....

Calculando Napoleon que llegado el mes de mayo era muy peligroso hacer esperar mas tiempo á Villeneuve, Gravina y Missiessy en la Martinica, porque las escuadras inglesas que habian ido en su persecucion lograrian haberlos á las manos, modificó aun otra vez esta parte de su plan. Decidió que si Ganteaume no podia hacerse á la vela para el 20 de mayo, no saliera y esperase en Brest, que se le levantara el bloqueo. Con este fin Villeneuve tuvo orden de volver á Europa con Gravina y hacer lo que primero se habia confiado á Ganteaume, es decir, levantar el bloqueo del Ferrol, donde debian reunirse á cinco navios franceses y siete españoles, tocar en seguida, si podia, en Rochefort, para unirse con Missiessy que probablemente en aquella época habria ya llegado de las Antillas, y por último, presentarse delante de Brest, para abrir la mar á Ganteaume, lo cual haria ascender á cincuenta y seis navios la suma total de sus fuerzas, y con esta escuadra tan grande, cual no habia contenido nunca el Océano, entrar en el canal de la Mancha.

Este plan era perfectamente practicable y aun tenía grandes probabilidades de buen éxito, como los sucesos lo patentizaron bien pronto. En efecto, si Ganteaume hubiera podido salir en abril, levantar el bloqueo del Ferrol, lo que era posible sin combate, porque solo bloqueaban entonces este puerto cinco ó seis navios ingleses, y llegar á la Martinica, se lograba la reunion con Villeneuve y Gravina sin ninguna probabilidad de batalla, volverian á Europa en número de cincuenta navios, y sin necesidad de tocar en ninguna parte podian entrar en la Mancha, sin que hubiese en

todo ello mas peligro que el de los encuentros en la mar, que estaban tan fuera de probabilidad que bien podia contarse sin ellos. El nuevo plan, al contrario tenia el inconveniente de esponer á Villeneuve á un combate frente del Ferrol, y á otro frente á Brest, y aunque en ambos casos fuera grande la superioridad de sus fuerzas no podia haber una seguridad en que las dos escuadras cuyos bloqueos acababa de levantar, pudiesen acudir en su ayuda y tomar parte en la batalla, porque como no se puede salir del Ferrol ni de Brest sino por pasages estrechos, allí como en cualquiera otra parte, el viento con que se entra, no es el mismo con que se sale, y así era muy posible que se empeñase un combate á la entrada de estos puertos y que terminase antes que las escuadras situadas en su interior pudiesen participar de él. Un combate, por incierto que fuese, era capaz de desanimar á generales cuya confianza en el mar no era muy grande, por valientes que fuesen en persona, y el almirante Villeneuve sobre todo, aunque soldado muy intrépido, no tenia una firmeza proporcionada á esos lances y era lástima que la serenidad del tiempo hubiese impedido la primera combinacion.

Otra habia en la cual se detuvo Napoleon un momento, que requería menos fuerzas, pero que conducía á Villeneuve de una manera cierta á la Mancha; y era la de que este almirante no fuese ni al Ferrol ni á Brest, sino que diese la vuelta á Escocia, dirigiéndose en seguida al mar del Norte y se presentase en Boloña. Es verdad que no llegaba mas que con veinte navios en lugar de cincuenta; pero estos bastaban para tres dias, y la

escuadrilla suficientemente protegida, podria pasar con toda seguridad. Este pensamiento ocurrió un instante á la mente de Napoleon, lo escribió despues queriendo todavia mas seguridad; prefirió mayor reunion de fuerzas á la mayor certeza de llegar á la Mancha, y se atuvo al plan de hacer que Villeneuve levantase los bloques del Ferrol y de Brest.

Este fué el último cambio que las circunstancias produjeron en su proyecto, y en medio de una funcion, como él mismo lo refiere en el Postscriptum de una de sus cartas, fué donde reunió todas estas combinaciones, y tomó su partido. Inmediatamente dió las instrucciones necesarias al efecto; dos navios que estaban preparados en Rochefort mandados por el contra-almirante Magon, se hicieron á la vela al instante para la Martinica, anunciando el cambio ocurrido en las determinaciones de Napoleon; varias fragatas armadas en Lorient, Nantes y Rochefort, estaban prontas á salir, desde que se supiera que Ganteaume permanecería anclado, y estaban encargados de llevar á Villeneuve la orden de volver á Europa para poner por obra el nuevo plan, y cada fragata debia ir acompañada de un bergantin portador del duplicado de las órdenes, para que en caso de que la fragata fuese apresada, y el bergantin se salvase, trasmitiese el duplicado. Los despachos iban encerrados en cajas de plomo, y entregados á capitanes de confianza para que pudiesen echarlos al mar en caso peligroso. Tanto estas precauciones como las que siguen, son dignas de mencionarse para instruccion de los gobiernos.

Con objeto de que las escuadras de Brest y Ro-

chefort pudiesen ayudar á las que venian á levantarles el bloqueo, se tomaron grandes precauciones. Ganteaume debia anclar fuera de la bahía de Brest en la ensenada de Bertheaume, posicion abierta, y de una seguridad dudosa. Para corregir este defecto, se envió desde Paris un general de artilleria, y se pusieron en bateria ciento cincuenta bocas de fuego para que pudiesen apoyar la escuadra. Gourdon, que sustituyó en el Ferrol al almirante Boudet, el cual habia caido enfermo, tuvo orden de trasladarse del Ferrol á la Coruña, cuyo puerto es abierto, y llevar consigo la division francesa, habiendo prescrito tambien al almirante Grandella que hiciese otro tanto con los navios españoles. Solicitáronse de la corte de España precauciones semejantes á las que se habian tomado en Bertheaume con objeto de asegurar los surgideros con baterias; y últimamente para preveer el caso en que los navios encargados de levantar los bloques, hubiesen consumido sus viveres, se prepararon en el Ferrol, en Rochefort, en Brest, en Cherburgo y en Boloña, barriles de galleta, que contenian muchos miles de raciones, y que se hubieran podido embarcar sin perder un instante. En Rochefort esperaba la llegada del almirante Missiessy una orden por la cual este almirante debia salir inmediatamente, pasar á las aguas de Irlanda, permanecer en ellas algunos dias para alarmar la nacion, y luego cruzar á alguna distancia del Ferrol en una latitud determinada, donde el almirante Villeneuve noticioso del plan por una fragata, debia unirse á él.

Mientras se tomaban estas precauciones preventivas para el ejército de mar, continuas y se-

cretas instrucciones al ejército de tierra tendian á aumentar el efectivo de los batallones de guerra en las costas del Océano. Las tropas de expedicion ascendian entonces á ciento sesenta mil hombres, sin la division de Brest, que acababa de disolverse á consecuencia del nuevo destino que se dió á la escuadra de Ganteaume. El almirante Verhuell, con la escuadra bátava, tuvo orden de reunirse en Ambleteuse, con objeto de que toda la escuadra pudiese salir de los cuatro puertos dependientes de Boloña, puertos, que como de creacion artificial, se habian vuelto á llenar de arenas en dos años que llevaban de existencia, y fueron menester nuevos trabajos para limpiarlos. Ademas se repararon los buques de la escuadrilla, algo deteriorados por sus continuas salidas y por un fondeadero incómodo á lo largo de la línea de emboscada.

Al mismo tiempo que espedia esta multitud de órdenes, Napoleon continuó su viage por Italia. Visitó á Bergamo, Verona, Mantua, asistió á un simulacro de la batalla de Castiglione, ejecutado por un cuerpo de veinte y cinco mil hombres en el mismo sitio en que se dió la batalla; permaneció muchos dias en Bolonia, y dejó encantados á los sábios de aquella célebre universidad; pasó despues por Módena, Parma, Plasencia, y últimamente por la magnífica Génova, adquirida con un rasgo de pluma. En esta ciudad estuvo desde el 30 de junio hasta el 7 de julio, en medio de fiestas dignas de la ciudad de mármol, y superiores aun á todo cuanto habian imaginado de mas hermoso los italianos, para recibirle. Allí encontró un personaje ilustre, cansado de un destierro de doce

años y de una oposicion que no justificaban sus deberes religiosos; este personage era el cardenal Maury. El papa acababa de darle un egeemplo que por fin se decidió á seguir y tomó el partido de reconciliarse con el restaurador de los altares, y en Génova fué donde se le proporcionó la ocasion de volver á la gracia. A la manera de aquellos partidarios de Pompeyo que uno despues de otro procuraban encontrar á César en una de las ciudades del imperio romano para dejarse seducir por él voluntariamente, asi el cardenal Maury en la ciudad de Génova se inclinó ante el nuevo César. Acogióle este con la cortesania de un hombre de genio que deseaba complacer á otro de penetracion, y quizá le dejó adivinar que su vuelta á Francia, seria recompensada con las mas altas dignidades de la iglesia.

Despues de haber recibido el juramento de los genoveses y de haber preparado con el ingeniero Forfait el futuro establecimiento naval que queria crear en aquella mar, y por último, haber confiado al archi-tesorero Lebrun el cuidado de organizar la administracion de aquella parte del Imperio, Napoleon salió para Turin, donde fingió que iba á ocuparse de revistas: y la noche del 8 de julio, dejando la emperatriz en Italia, tomó la delantera con dos sillas de posta muy sencillas, y haciéndose pasar en el camino por el ministro del interior, llegó en ochenta horas á Fontainebleau, esto es, el dia 11 por la mañana. Ya el archi-canciller Cambaceres y los ministros estaban allí para recibir sus últimas órdenes; pues iba á partir para una expedicion que debia ó hacerle dueño absoluto del mundo, ó como á un nuevo Faraon, hun-